

El príncipe lagarto



EL PRÍNCIPE LAGARTO

MARCOS DOSANTOS



PLA//ON & BARTLEBOOM

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2026

© del texto, Marcos Dosantos, 2026

© Plasson e Bartleboom, S. L., 2026

Calle Aldea del Fresno 29, 6ºD

28045 Madrid

ISBN: 978-84-10483-44-6

DEPÓSITO LEGAL: M-5714-2026

CÓDIGO IBIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Daniel Mira

IMAGEN DE CUBIERTA: Iván Lozano

MAQUETACIÓN: Alejandro Schwartz

CORRECCIÓN: Estela Gómez y Ana del Amo

IMPRESIÓN: Kadmos

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones tratados con los más altos estándares de sostenibilidad, lo que garantiza una gestión de los recursos responsable con el medio ambiente y las personas.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

Para Azul

PARTE I
EL CRIMEN

A nosotros nos toca inaugurar
la era del monstruo inocente.

ROBERTO ARLT

La ciudad de Guara me palpita al caminar.

Esquivo por poco un rastro de mierda y siento el pulso de los neones noctámbulos. Dejo atrás a un vagabundo sin brazos que muerde y sacude su vaso de plástico con las pocas monedas de la jornada. Al menos mendiga bajo un flamboyán. Sería terrible que lo hiciese en un gomero. Las ruedas de los taxis derrapan y desconozco si me invade la mística o un rebote de las drogas de ayer.

No me apetece trabajar esta noche en Delirio.

Ni siquiera me dejan cambiarme en el baño de este antro de mierda.

Desplazo los cubos y matarratas para encontrarme frente a un espejo oxidado en el cuarto de escobas. Me desvisto. Treinta años de vida y mil amantes de experiencia no me sirven apenas. Pese a lo sexy de haber nacido con pupilas rajadas, todavía me cuesta mirar por debajo de este pecho peludo y enzarzado. Fueron muchas las risas en las clases de natación. Pero eso aquí no se sabe. Migrar a la Metrópolis y cambiar de paisaje me permitió verme de otra forma, mentirme de otra forma. Más allá del espejo roñoso me hice puma de provincia resuelto y radiante. Un amigo al que acudir, un actor al que acariciar. Y un camarero lleno de rencor.

Esta noche tengo dos funciones simples: servir copas para una fiesta privada y no manipular papayas. Me abrocho la camisa blanca. Quiero burlar las consignas. Tal vez con un despiste imperceptible para el cliente, pero suficiente para joder a un jefe que me exigió trabajar el día que abuela agonizó. Salgo del cuarto y me dirijo a la barra con languidez, observando a los invitados que dejan sus abrigos en el ropero para luego colocarse en torno a mesitas repletas de embutido. Decenas de personas de distintas ojeras y genealogías, aunque con similar uniforme.

Beben frenéticos sorbitos con la destreza de quien se viste bien con solo dos corbatas en el armario. Asienten con gestos enérgicos tratando de tapar el cansancio acumulado durante horas, días, décadas. Están borrachos de taurina porque si no cómo.

Creo que es una cena de empresa, me dice otro camarero de Delirio.

Le pregunto por qué hay que evitar la papaya. Supongo que por el jefe, responde. Recuerdo que una vez se pasó horas vomitando por un postre que le sentó mal. Me encojo de hombros mientras maquinó una travesura a la que venía predispuesto. Lo único que puede dar un giro a la noche es encontrar unas putas papayas.

Agacho la columna para inspeccionar los materiales de mi turno. Remuevo y descubro limones, aceitunas y ansiolíticos. Aquí no están. Introduzco la mano hasta el fondo del congelador y me topo, ahora sí, con una caja llena de frutas picadas. Es un preparado de macedonia y contiene la papaya reluciente. Envuelvo un trocito con una servilleta y lo escondo en mi bolsillo como el niño que oculta la moneda que sobra del pan.

Al rato deja de llegar gente, y a la danza trago-mordisco-cháchara de los comensales se añade un nuevo paso: girar el cuello hacia la puerta. Esperando algo, esperando a alguien. Intuyo que no estamos en un afterwork. El contorno del jefe acercándose tensa mis vértebras y me devuelve al chorro de cerveza que debo disparar sobre los vasos.

Rayco, céntrate. Y cuida tu imagen, espeta el imbécil mientras malmira mis flancos.

Aprieto los dientes y escucho el chasquido de mi mandíbula. El murmullo de la sala se deshace. Dos nuevos invitados descienden por las escaleras con gesto rígido. Radiografían el local y mueven los labios sin dirigirse a nadie.

Rayco, prepara una bandeja de daiquiris y llévala a la sala vip, me ordena el jefe. Les daré la bienvenida en privado, sentencia.

La sala vip es una habitación circular con aislamiento acústico. Una decoración generosa en terciopelo negro y barnices fucsia refuerza su cometido: ofrecer a los inquilinos de Delirio un sótano en el inframundo. Un cuarto oscuro y alejado en el que hacer ciertas cosas o tomar ciertas decisiones. Y yo debo tomar la mía. Mi jefe es un hijo de la gran, sí. Necesito el dinero, también. Y el efecto alérgico puede tardar o ni siquiera darse. Me aprieta el vientre. Una irónica alarma intestinal me avisa de que al menos una persona necesitará pronto un inodoro. Desdoble la servilleta húmeda, trituro la papaya con el colmillo y la espolvoreo torpemente sobre las copas. Remuevo los brebajes y diluyo la culpa con el morbo. Dulces diarreas, susurro. Dejo atrás los daiquiris y camino hacia el baño con el esfínter en tensión. Es tanta la adrenalina que al sentarme en el inodoro me cago y vomito a la vez. Sin prisa, sin resistencia. Durante minutos. Tanto es el placer que me desmayo brevemente. Aprecio el azul de los azulejos al vaciarme. Me froto las manos y sonrío al espejo immaculado para la clientela.

Regreso a la barra. Algo pasó, algo pasa. No tiene que ver con las bandejas llenas de vasos llenos de huellas. Se trata de las orientaciones del sonido, el flujo de los chismes. Las miradas cambian de coordenada y se concentran en las puertas de la sala vip. La sala donde dejé atrás mi mordisco.

¿Lo viste?, ¿le estrechaste la mano?, me interroga mi compañero.

No comprendo el entusiasmo. Abro la boca para preguntar y es ahí cuando un rostro reconocible quiebra la noche con gritos y aspavientos. Contemplo al ministro de Cultura aterrado y constato que Delirio alberga una fiesta gubernamental.

¡El presidente se asfixia!, chillan.

Una celda plagada de presos descamisados que hacen turnos para respirar por una grieta porque el calor es insoportable viscoso y terriblemente lento, y entonces mis nudillos contra la pared y se abre un portal entre dimensiones pero no puedo no quepo y ya no hay presos, hay zombis mancos y uno viene a por mí no sé qué hacer así que mi mano en su entrepierna que no tiene nada y me mira con esas cuencas putrefactas pero cómicas por alguna razón y abre la boca no sé si está a punto de matarme o solo quiere contar un chiste.

Me mata la presión de las sienes.

Hace tiempo que no sueño en gótico. Soy más de recuerdos desordenados o realismo sucio, traumitas familiares combinados con erotismo aleatorio. Pero el apocalipsis no suele aparecer en mis noches. Incluso las parálisis del sueño conservan cierta coherencia: un asesino en la esquina de mi cama que bien podría ser mi primo. De hecho, es probable que sea él. Pero zombis, no, nunca. Creo.

Duermo por rachas durante mi arresto. Esperaba un calabozo atestado de miradas, olores y griterío. Pero no. Me encuentro solo tras los tubos de hierro que cercan este cubículo de unos cinco metros cuadrados. Solo y aletargado, mientras los recuerdos se desparraman.

Evoco a mi amiga Yanira años atrás aporreando mi puerta hasta que contesté dale, entra, pero no me hables. Llevaba días encerrado en mi habitación. Sin comer, sin ducharme, sin lavarme los dientes. Con los dedos amarillos de tanto fumar y los ojos ocre de tanta videoconsola. Yanira se sentó a mi lado entonces, dispuesta a desplegar su paciencia. Ella gana dineritos leyendo la carta astral y sabe de los juegos mentales. También me conoce como pocos: mis máscaras y virtudes, mis bajones

y ascendentes. Pero aquella vez estuve bien imbécil. Yanira me acompañó durante horas sin abrir la boca. Agarró su colchón y durmió en un recoveco de aquel cuarto jediondo e iluminado por los disparos que yo, su mejor amigo, dirigía a los aliens de la pantalla. Así hasta la mañana y el mediodía. Yanira se fue a la cocina para hacerme un potaje y me dijo no te mueras, por favor. El potaje se pudrió sobre la mesa y yo me recompuse semanas después.

Mi Yani. Es a ella a quien debo llamar. Siempre fue mi maga de confianza y quizás ahora también tenga rezados que me salven.

LaputaqueteparióquéhicisteRayco, saluda al llegar.

Su rostro abombado se inserta entre las barras. Sus rizos y mofletes se escurren unos milímetros por delante de los hierros, como extendiéndose para acariciar a un animal triste. Yo rumio palabras, incapaz de vertebrarlas. Miro a sus pies y balbuceo.

Creo que maté al. Que qué, pregunta ella. Creo que maté a Medreros. ¡¿Al presidente?! Yanira se tapa la mitad de la cara con la mano mientras escucha el relato de anoche. Maldito Acuario huevón, resopla. ¿Estás seguro? No oí nada en la tele. No sé, Yani, vino la ambulancia y se lo llevaron amoratado. Se me escapa una lágrima. Será por eso por lo que te retienen a solas, como principal sospechoso. Yanira seca mi barba con el pulgar, se lo chupa y me acompaña en silencio hasta agotar el vis a vis.

Sierro mis uñas con los dientes.

La agente de policía que me custodia no se mueve de su silla. Sólida y serena tras su mesa, cada cierto rato transmite información indistinguible por el walkie-talkie. Agente, ¿se sabe algo?, pregunto. ¿Cuánto me queda aquí? La agente no se inmuta. Tengo derecho a un abogado. La agente se ríe. ¿Puede darme una revista al menos? Por favor se lo pido. La agente ladea el cuello, arquea la espalda, estira los brazos y entrelaza sus falanges para lanzar un sonoro chas hacia el techo. Cansado y erecto a la vez, me tumbo de lado y abrazo mis rodillas.

Hoy me siento generosa, dice. Te concedo un poquito de radio.

Borrascas que lavan el aire contaminado la foto de una galaxia superlejana y coqueta réplicas y dúplicas entre gobierno y oposición una voz cascada y sin dinero para el aceite de oliva un jugador de fútbol devastado por un empate huelga de basuras en medio de las precipitaciones y semana de carnaval en el extremo sur del país. Pero nada sobre aquello. La voz de Medreros en el plenario que precedió al suceso en Delirio lo mantiene vivo ante los tímpanos de la nación. La bruja Yanira está en lo cierto.

La policía recibe un mensaje por el walkie-talkie. Si ya vino alguien antes, responde. Okay... ¡Arriba!, me grita. Aporrea la barra y me levanto de un brinco. La puerta que da acceso al módulo queda fuera de mi campo visual. Tras los hierros, un gesto de la inesperada visita logra que mi cancerbera nos deje a solas.

Camarero nocturno, actor ocasional y presunto homicida. Así que al fin conozco a Rayco Bethancourt, me interpela.

Unos pómulos robustos sostienen su mirada. Una coleta más negra que la obsidiana estira sus facciones con la misma fuerza que inspiran sus manos. Sus movimientos generan un ruido plástico, como de funda de látex. Se presenta como Moneiba Billinghamurst y me parece un nombre oportuno. ¿Qué quieres?, pregunto. Moneiba se acerca a la celda mientras hurga en el interior de su blazer. Abre el puño y muestra una fruta. Un manjar deforme y mate, de un rojo coagulado. Es una fresa Nerina, explicada. Una frutilla feúcha y llena de propiedades. Esta maldita ciudad está obsesionada con la estética culinaria. Como si un cuenco de naranjas brillantes disipara el olor a orina del portal. Pero en las provincias sabemos que una buena pera viene cambiada y con bicho, ¿cierto?

¿Viniste a mi calabozo para hablar del campo?, interrumpo.

Estoy aquí para ofrecerte una salida.

Moneiba promete liberarme del arresto a cambio de actuar con discreción, no salir del país y reunirme con ella cuando me reclame. Encajo la propuesta como el triunfo vacilante de quien mata a un monstruo en sueños.

Maldita papaya.